

La bodega.

La canción citada nos conduce, naturalmente, vaso en mano y la risa en los labios, á hablar de *La bodega*, esa reunión de alegres camaradas y hombres de ingenio, de ese conservatorio de nuestro antiguo ingenio galo, de esa academia, no de inmortales, como la otra, la grande, sino de mortales que cantan gozosamente la vida, hasta la muerte.

Justamente, para poder hablar con certidumbre y verdad, tengo á la vista un libro bueno y bello (bueno en cuanto al fondo, bello por la forma), *Relación histórica de la bodega*, del que mi amigo Dentú es á la

vez editor y autor. Hale escrito con cariño, é impreso con gusto exquisito, adornándole de retratos y viñetas con la firma de *El Enano*, que son pequeñas obras maestras de arte.

¡Ah! Dentú no emplea tanta pasión para publicar nuestros libros. Pero ¿cómo reprochar á hombre tan amable, á ese literato sin pretensiones, á ese artista escondido bajo la capa de librero, que dé la preferencia á las canciones, á la risa, á las comidas alegres, á su querida *bodega*, en fin, sobre narraciones dramáticas? Nuestras novelas han contribuído á enriquecerle, y nuestro producto se le gasta él en ingenio y obras de arte. De seguro, bien podría gastarnos en cosas peores; yo le doy gracias por su delicadeza.

La *Correspondencia secreta* (tomo VIII), se expresa así sobre el origen de *La bodega*: «Es el nombre que tiene un café muy á la moda, situado en un pequeño subterráneo, arreglado con buen gusto en un ángulo del jardín del palacio Real. Le sostiene un tal llamado Dubuisón. Los ociosos agradables, los parroquianos de la Ópera, y sobre todo,

los aficionados á buenos sorbetes, de que se hace un consumo prodigioso, concurren á él á diferentes horas del día. Algunos hombres de letras van á hacer allí su digestión más ó menos laboriosa. Es un tribunal del que puede apelarse al del buen sentido, pero cuyas decisiones producen siempre una impresión momentánea.»

Esos algunos hombres de letras, de que habla la *Correspondencia secreta*, se llamaban entonces: Pirón, Collé, Panard, Gresset, autor de *Vert-Vert*, y más tarde Crebillón el trágico, Crebillón hijo, Gentil-Bernard, autor del *Arte de mar*.

Después que empezaron á reunirse en el Palacio Real, determinaron celebrar á escote una comida semanal, para la cual trataron con un fondista llamado Landelle. Á la hora del café, cada comensal leía su última obra, á fin de aprovecharse de los consejos de sus colegas, que los daban con toda franqueza.

Para ser admitido ó conservado en esa sociedad literaria, no bastaban el ingenio ó el talento: era menester tener también una reputación sin tacha, y comportarse de

manera que no se expusiese á perderla. La menor acción indigna era causa de exclusión perpetua. Uno de los asociados sufrió la triste prueba. Convencido de haber prestado á usura, recibió una esquila concebida en estos términos: «Se ruega al señor *** que vaya á comer los domingos á cualquier sitio que no sea La bodega.» Crebillón hijo, fué el inventor de esa singular invitación.

Pero aquella primera *Bodega* desapareció hacia 1740; hé aquí de qué manera:

«Algunos señores de la corte, queriendo divertirse, se dieron cita un día, y entraron formando grupo en el café, justamente en el momento que los literatos empezaban su comida. La sociedad les invitó á tomar asiento, pero rehusaron con altivez, guardando una actitud y ademán que parecía decir: «¡Ea, comiencen; diviértannos!» Su desdén fué castigado con el silencio más absoluto, y se vieron obligados á retirarse, sin haber disfrutado de la satisfacción que se prometían. Hubieran debido pensar, sin embargo, que cada miembro de *La bodega* estaba hecho para reir de los necios y no para hacerlos reir á ellos. Aquella ocurrencia les

desagradó en tal manera, que la sociedad cesó de reunirse.

En 1762 se reconstituyó bajo la presidencia de Crebillón hijo, quien tuvo por colegas entonces á Favart, Lemièrre, Laplace, Goldini, autor del *Mal humorado bienhechor*, los poetas Delille, Dorat Parny, el presbítero Vosenon, el famoso jugador de ajedrez Filidor, el cardenal de Bernís, el pintor José Vernet, etc.

La Revolución interrumpió las sesiones de *La bodega*. Tratóse de hacerlas revivir en 1793. Inútilmente: la risa no era de moda entónces.

Apaciguada la Francia, calmadas las pasiones políticas, bajo el nuevo título de *Comidas de Vaudeville*, renació la vieja *Bodega* de sus cenizas, y dejó oír otra vez su ingenua risa. Entre los risueños vemos esta vez al académico Laujón, á Armando Gouffé, á Filipom de la Magdalena, y á un célebre bailarín, Despraux, que se casó con la Guimard, y fué luégo director de la Ópera.

Á las *Comidas de Vaudeville* suceden los almuerzos de los *Mozos de buen humor*, con Desangiers, Etienne y Martinville.

Pero hé ahora la verdadera *Bodega* moderna, donde se agitan los cascabeles, y la risa estalla, en 1806, en la *Roca de Cancale*, calle de Montorgueit. Dentú, por amor de la exactitud, y quizá por espíritu de confraternidad, se esfuerza en probar que esa nueva transformación fué debida al librero Capelle, editor de la *Llave de la bodega*. Llegó á ser el gerente y anfitrión de la sociedad, en el sentido de que era él quien pagaba la comida mensual, á condición que todos los socios le darían el derecho de publicar sus canciones; no era muy mal negocio, y ya se darían por muy contentos los libreros de hoy día de poder tratar á tan buena cuenta.

Entre los fundadores de *La bodega* regenerada, se ve á Besangiers, Jouy, Dupaty, al poeta Millevoye, Deschamps, secretario de órdenes de la emperatriz Josefina, al conde de Segur, senador del Imperio y gran maestro de ceremonias (cuyo hermano, para distinguirse de él, firmaba Segur, sin ceremonia), autor de la canción que tan popular llegó á ser:

.....
 Los malvados son que beben agua.
 De ello el diluvio fué prueba clara.

Estas comidas de *La bodega* atraían á la *Roca de Cancale* el 20 de cada mes una multitud de visitantes: Brillat-Savarin, Parny, Buffers, Melnet, el pintor Isabey, el célebre doctor Gall, los generales Duroc, Junot y muchos otros. En los pasillos de la fonda, en los gabinetes contiguos, en la calle misma (la calle inmediata de Mandar), se agolpaba la gente para oír las canciones.

Á pesar de esta boga, *La bodega* estuvo soñolienta en los primeros tiempos de la Restauración, y no salió de su letargo hasta 1825, con este título: *El Despertar de la bodega*, reuniéndose esta vez la sociedad en la hostería de Lemardeley. En esa época apareció Beranger, quien escribió estas apreciaciones: «Á pesar de mi prevención contra las asociaciones más ó menos literarias, quedé vivamente impresionado de la benevolencia y aplausos con que fuí acogido en *La bodega*; desde aquel día, mi

» reputacion de cancionero se extendió por
» París y toda la Francia.»

Sin embargo, dos años después de su recepción, se renovaron en él sus prevenciones, porque se separó de la sociedad.

Nuevo interregno de la canción hasta 1834, en que recobra su imperio en la plaza de la Bolsa, fonda de Champaux, y promulga un decreto, del que véanse algunos pasajes:

« Considerando:

- » Que la canción es de origen celeste;
- » Que los ángeles cantan sin cesar cánticos á la faz del Eterno;
- » Que Tirteo inflamaba el valor de sus conciudadanos con estas palabras:

Avancemos, hijos de la patria;
El día de la gloria ha llegado.

» Que Noé, que no fué quien inventó la pólvora, pero sí quien plantó la vid, lo cual es infinitamente más meritorio, entonaba sin cesar, catando el jugo divino:

¡Bueno, bueno, bueno, bueno,
Siempre bueno el vino fué!
No hay en beber exceso;

» Que Homero al quedarse ciego, rasguñaba de lo lindo en su viola las más lindas coplas de su época, tales por ejemplo como:

Andrajosos, andrajosos,
Siempre son ellos dichosos...

» Ó bien:

El que á morir llega,
Es por larga fecha.

» Que Simónides, Horacio, Terencio, Catulo, Propercio, el sensible Tibulo y muchos otros, han cantado á su vez el amor, el vino y la amistad;

» Nosotros, sus discípulos, ó más bien sus hijos modestos, hemos decretado y decretamos lo que sigue:

» Á partir de este día, 4 de Abril de 1834, queda instalada una sociedad de buenos vividores y alegres cancionistas, con el título de *Los Hijos de la bodega.*»

En 1837, el Comité directivo decidió que en lo sucesivo se volviese al antiguo nombre, al título primitivo de *La bodega*, y

desde entonces la sociedad ha seguido funcionando sin interrupción hasta nuestros días; pero cambiando con frecuencia de domicilio. Pasó al café del *Banquete de Anacreón*; después al de Griñón, en el pasaje de Vivienne; luégo al de Pestet, en la calle de San Honorato, y por último, al café de Coraza, en el Palacio Real, donde celebra todavía sus comidas el primer viernes de cada mes.

Lo que más sorprendió la atención de los que visitan *La bodega*, dice Dentú, es el espíritu de tolerancia que reina en esa sociedad. Cada cual expresa allí su opinión, como él la entiende, con tal que sea en forma alegre. Por el artículo IX de sus estatutos está prohibido hablar de política en *La bodega*. Como es natural, esto suscita frecuente oposición, porque los reglamentos en Francia, como las constituciones, son hechos para ser violados. En la Bodega, sin embargo, aun en medio de las más fuertes crisis políticas, las cosas terminan alegremente, y si Beranger y Desangiers pudieron estar picados por un instante, en cambio Clairville y Vicente se dijeron las frases

más vivas, sin cesar por eso de ser amigos; véase una muestra:

Estamos en Marzo de 1874; Clairville exclama: Lo que sería menester es poder

Del suelo francés los realistas
Desterrarlos, sin dejar uno,
Y los republicanos junto;
Menos Vicente por insignia.

Y al siguiente mes, Vicente respondió:

Lejos de querer yo en Francia,
Príncipes, ni reyes, ni otros,
Que sean desterrados todos,
Los quiero á todos en casa,
Junto con Clairville hermanos,
Que así soy republicano.

Este Vicente es el Presidente actual de *La bodega*, y ciertamente ese honor le era debido: sus canciones publicadas por Dentú, á continuación del excelente estudio de donde hemos sacado gran parte de estos detalles, son de primer orden. Hay canciones que valen tanto como poemas, y buenos poemas.

Asistido del autor dramático de talento,

Grangé, el más agradable de los cancionistas, Vicente, se sienta todos los primeros viernes de cada mes en la silla destinada al Presidente. Viste de frac negro y corbata blanca, el reglamento lo exige, pero sus colegas pueden llevar el traje que gusten. Delante de él está el vaso de Panard y el cascabel de Collé, que agita, después de servida la primera entrada, para reclamar silencio y *brindar á la canción*.

Después de este brindis, se come, se conversa, se interpela tuteándose, esto es de rigor entre socios. Sólo á la hora del café es cuando se comienza á oír á los cancionistas. Éstos son numerosos, y con frecuencia, á las doce de la noche, la mayor parte de los comensales, permanecen aún sentados á la mesa, escuchando y aplaudiendo un estribillo. Otros hay que, en un ángulo de la sala, repiten por lo bajo los últimos versos de un brindis de su presidente:

Affigido el corazón,
La mente sin esperanza,
Y con ánimo más frío
Que de los polos el agua,

Con el vino se renace,
Que es la sangre de la Francia.
Por eso, pues, mis amigos,
¡A la canción brindis vaya!

Algunos hay, también, que ruegan á Lasalle, el gran artista de la Opera, que entone algunas coplas de la *canción francesa*, y él los complace con su potente voz:

Hoy quiero cantaros
Mi bella querida,
La que me sonrío
Cuando en mi el sol brilla,
Y como mujer
El alma domina;
Con fuego y ternura
Mis votos realiza;
Sus besos son llama
Que al pecho electriza.
Tú, canción francesa,
Que mi amor admira,
A mis brazos ven,
Y besos te imprima
Mi labio ardoroso
En fresca mejilla.

.....
.....
Canción de esperanza,
De amor y de vino,

Cuando todo es llanto
 O triste quejido,
 A tí, cual mi patria,
 Inspiración pido.
 Esperar sepamos,
 Ya que el enemigo
 El oro nos lleva
 Y algo más... consigo.
 Tendrá que volverlo
 Cuando suene el juicio.
 Si por fuerza rara,
 Por arte maligno
 O traición malvada,
 Prisioneros hizo
 A miles soldados,
 La canción, yo digo,
 ¿Nos podrá él robar,
 Ni extraño nacido?
 A mis brazos ven;
 Tu labio pulido,
 Francesa canción,
 Besar necesito.

La Ruleta.

Cierta día, en medio de la continua niebla, sentí la necesidad invencible de ver la luz clara, y partí para Niza, la patria del sol. Ahora que me hallo de vuelta en París, y encuentro un cielo anubarrado, amenazando lluvia, quiero revivir un instante con mis recuerdos en el bello país por donde he pasado.

Recordemos antes el camino: se toma á las siete de la tarde el tren rápido, y al día siguiente, á las diez de la mañana, se está ya en Marsella.

Se almuerza, se vuelve á partir, y en